

Para todo aquel que en él cree

Existe incluso una puerta para no existir, una puerta para todo aquel que cree en él, y una puerta que nos separa ... Cuando tenía 13 años, era el único monaguillo en la iglesia San Francisco. No porque intuyera en mí un futuro sacerdotal, o una vida ligada a los misterios de la religión católica, simplemente lo era porque mi tío y tutor dispuso que así fuera, que mientras él leía San Juan, capítulo 3, yo lo lustraría, lo sacudiera, que mientras él repartiera ostias y bendiciones, yo contara las monedas y las guardara, que mientras él bebiera la sangre de cristo, yo pusiera lejía y desinfectaría el baño, yo lo otro y lo otro, que mientras y mientras, yo y yo, ¡ha mierda!, ¿otra vez yo?. Eso pasaba por esos días detrás de nuestra puerta.

El tío cura no era un ser muy digno de sus vestiduras. Cuando nos sentábamos a la hora de la cena él ya estaba cansado de tomar “sangre de cristo”, (que si no fuera de Cristo le podría haber nombrado vampiro, y si no fuera cura: borracho), entonces dejaba al descubierto los secretos sagrados y sellados por acto de confesión. He ahí una puerta que mi tío dejaba sin la suficiente seguridad. Así me enteraba y luego hacía como si no. Lo incierto era si mi tío ignoraba u olvidaba, lo cierto era que de enterarse de mis conocimientos podía estar seguro de mi condenación.

Lo que me trae a la cabeza un cuento apócrifo, de esos que me prohibía con sermones de por medio, y que igual leía, y luego pecaba doble porque no le confesaba y luego triple porque volvía a leerlos, (que alguien me lo perdone). Sí, ese cuento de una persona oculta en la otra, sólo que mi tío tenía varias personas debajo de la sotana. Tantas y tantas que una muñeca rusa quedaría triste con su pobre multiplicidad. No fue difícil y aún no sé si fue consecuencia de esto que yo fabricaré mi otra personalidad. Obediente, silencioso, capaz de permanecer absorto en contemplaciones, que bueno, era un simple vacío de aburrimiento, y estaba el otro niño, el que sabía, el que era peligroso como las navajas invisibles, el que al mirar encontraba a un adulto comprometido con su pecado, el que desconfiaba, el que huía, el que era un peligro, para los demás. Pero más que nada para él.

Mi vida era de una tranquilidad absoluta en la semana, el cura siempre tenía responsabilidades que atender en las afueras, un enfermo al que empujar al infierno, un desesperado al que mentir, una fábrica a la que arreglar ... mi trabajo era no ir al colegio y recorrer Azul lleno de sus árboles espantapájaros rompiendo el cielo, y con sus casitas tan

lejanas como el cielo, y desde luego, con su cielo tan interminable. Los fines de semana era desquiciantes, bautismos, bodas, comuniones, segundas comuniones, terceras comuniones, todo el pueblo que vivía allá abajo se despertaba ligeramente sólo para subir a ver como permanecía la roca predilecta de Dios.

En particular odiaba los velorios. Traían esos cuerpos ajenos al mundo a esta casa que era como la mía propia, tiraban allí un cúmulo de carne podrida, agusanada, destruida, incompleta, la adornaban, le ponían las más bellas flores, y yo traía más; desaparecer: tiene el olor a no querer desaparecer, y detrás de todo el tiempo que pudiera transcurrir, ese olor reaparecía desde el fondo. Flores, muchas flores para estas lágrimas, lloramos a un muerto, abrazamos a un muerto, besamos la materia fecal de un ser que se liberó de ella. *Me gusta ver que te niegas a irte, me gusta que niegues que me fui.*

Odiosos entierros, escucho tus gritos antes que a los cuervos, presiento que te acercas con tu sombra a perturbar mi casa de Dios, ya te veo como una masa morada de ojos abiertos y estáticos, quieren vivir conmigo, pero no, hoy no, te queda más viaje, bajarás otra vez por la colina, y al fondo del pueblo te llevarán a un pozo, y en el pozo te caerás, porque lo que de ti servía ya se ha ido, caerás como cae el *siempre* en la bolsa del tiempo, y no tienes camino de retorno.

Acomodé las flores, lo recuerdo. Las flores silvestres deben ser puestas entorno al cadáver. Las flores tiene su puesto útil de aromatizar y embellecer algo terrible. Pero es de noche y prefiero no buscarlas. El cuerpo quedará con su olor descompuesto. Enciendo las velas. No durarán mucho prendidas. Es comprensible. Están hechas para no durar. Me siguen mis propios pasos y me doy vuelta para asegurarme que sigo solo. Bien, ya está, la Iglesia luce su mejor cara. Los santos fueron lustrados y no les importa como a mi, cual es la ocasión, muestran su misma benévola sonrisa para los bautismos, la noche de navidad, y esa cara tienen cuando la iglesia se cierra de noche. No, detesto los funerales. Y esa noche estaba solo. Hice otras tareas, eran muchas y debía hacerlas para no pensarlas. Pero todo era pesado sin el cura. Quería que viniera con su sonrisa delirante de estatua de, contento de enterrar santos, vírgenes, filántropos, mártires, nobles caballeros, abnegadas madres, sacrificados padres, incorruptos hijos ... pero el tío no llegaba. Estada lejos y en camino. A las once y media Judas empieza a ladrar y un ruido de carreta se le confunde. Es ella, me digo. El conductor (no se si pariente o no), lleva el cuerpo al cajón, al cajón situado frente a los bancos, dentro de la Iglesia. El cuerpo va vestido de blanco. No quiero ni debo mirarlo. Le

guío. El chofer me dice que la cuide, “la niña está enojada”, y luego se va. Me siento en las escaleras, llamo a Judas, pero está listo para traicionar otra vez. Tengo trece años, y lo escucho aullar desde algún lado, y el estómago se me contrae. La noche es tan noche que no hay luna que pueda hacer nada por ella. Presumo que así es la muerte, sentarse en el medio de si mismo, sin cuerpo del que poder aferrarse, y se está muy alto en la oscuridad, y la luz demasiado lejos, y hace frío, frío, y es estar disperso, en los aires, sin nada, sin los huesos blandos, sin la piel dura, tan frío, disperso.

Sus familiares venían del otro pueblo, y ella estaba acomodada pálida y mortal en su pequeño ataúd, con sus seis años y su cabeza rubia. Pero lucía su muerte como todos lo que ya había visto. Ya no estaba, y su cuerpo empezaría a oler mal. De hecho, ya estaba algo putrefacto y mal oliente porque la habían sacado del río donde caen los niños sonrientes que vuelan con imprudencia donde esta prohibido.

No sabía quién llegaría primero, sus lacrimógenos padres, o mi cura preferido, cualquiera sería bienvenido o no, la parte más oscura de Azul es una Iglesia. Allí espero.

A la una de la mañana siglos después, mi tío llegó ceñudo, horrible, sin ojos para verme se lanzó dentro de la iglesia, y yo no me atreví a seguirlo. Prefería afuera, y no allí, donde un cadáver y un profano establecerían una relación oscura.

Una de la mañana, una y media afuera, voces adentro, una o dos voces, o la misma voz buscando con sus inflexiones penetrar mi miedo. Comencé a rezar, yo rezaba y no sabía nada de Dios, rezaba, sin saber a quién, sin tener más que miedo como palabras.

Quince minutos más. Mi tío, mi padre, mi cura, mi guía espiritual, mi verdugo, mi nadie, me dijo, hay que cremarla Ignacio, hay que dejarla en los vientos, para que alcance el cielo. Su familia no vendrá a buscarla, y si no la cremamos nunca se va a ir de este lugar. Sólo tenía trece años, todo lo que yo pudiera hacer no lo hice, y aún hoy me pregunto qué era todo.

Mi tío salió de la Iglesia, casa de Dios y sustento de la fe, con una bolsa negra, con un muerto. De un extremo tiró y arrastró a la niña durante todo el camino. Las rocas y los árboles comenzaron pronto a deshacer la bolsa, y de vez en cuando algún rayo de luna besaba piel azul bañada en sangre. Ese era un brazo, me decía, era, porque está muerta, se ha ido, no existe, no está conmigo, no puede sentirme, no me mira, no habla, jamás ha podido vivir, porque todo lo que vivo se marchó hace dos días, y lo que está en esa bolsa huele mal, y ese brazo no buscará abrazarme, porque no está. Comencé a rezar, ¿qué haces?, ¿por qué rezas?, me dijo mi tío, sólo tenía miedo, ¡hay que hacer silencio!, ¡te dije que te calles!, pero

yo tenía miedo, y una palabra que invoca a Dios, a un ser tan poderoso, es una palabra atada a su mano, no podía callarme, pero mi tío me golpeó y yo temí a mi tío tanto como a la niña, y dejé que Dios me soltara. Casi puedo sentir su rabia agarrando esa bolsa con brutalidad, desgarrándola. Continuamos el camino. Esa que está ahí no es su cara, me dije. Porque ya no ríe, puedo ver su cara azul, alterada, desquiciante y exagerada y su pelo rubio, la que fue su cara es arrastrada por la tierra, y por las piedras, ya no ríe, tiene mucha sangre y puedo ver sus dientes de leche, ¿se ríe?.

En mis manos estaba el kerosén, y los fósforos. Yo tenía trece años, y eran las tres de la mañana de un otoño que le prestó hojas a mi tío, para que pusiera el cuerpo y pudiera prenderle fuego a una pequeña niña encerrada en su muerte. Estábamos actuando en contra de la naturaleza del hombre, estábamos pisoteando sus creencias, y pese a no estar asesinando, de pronto tal vez sí lo estábamos haciendo, tal vez ese cuerpo prefería desintegrarse por sus propios medios, tal vez ese cuerpo no estaba allí para desaparecer, ¿si no por qué me sentía tan culpable?, ¿por qué quería llorar y declararme culpable si yo no estaba haciendo nada y no podía temer nada de un Dios la mayoría del tiempo sólo presente para mi soledad?.

Creo que era muy lejos, era el lugar más oscuro y apartado, con más árboles de los alrededores de Azul, pero también creo que alguien nos vio, creo que alguien estaba allí por las razones que puedan creer, alguien nos miraba con el ojo más grande y profundo. Ya estaba allí desde antes, y estaba siguiéndonos desde antes de salir, alguien sin forma que mi tío salió a perseguir y a gritar, ¡largo de aquí!, ¡largo!, ¡termina el trabajo Ignacio!, ¿donde está? , ¡te dije que la quemes!, ¿quién está a ahí?, ¡largo dije!, ¡largo!, ¡fuera!- estás fueron las palabras que yo heredé, las digo una y otra vez, ¡largo!, ¡fuera!, ¡aléjate!, ¡déjame en paz!, pero perdí mi oportunidad a los trece años y ahora tengo cuarenta, ella sigue con su misma edad, se ríe. ¿A dónde ha ido el tío?, le pregunto; conserva su vestido blanco, sus hebillas en el pelo, y su estado descompuesto pero detenido, y me mira estática desde el aborto de su infancia, y yo tengo el sabor ácido en la garganta de tanto vomitar y preguntar ¿qué le hicieron? ¿por qué nunca volvió?, ¿quiénes?, ¿está muerto?, le pregunto, quisiera ver su cuerpo para saberlo, le digo a su cabeza tambaleante de hinchada que busca la mejor posición para no caer sobre mis manos pero que entiende cada palabra que le digo, porque es necesario para mi verlo para saber que no está, le dije muchas veces, ¿quién estaba allí con nosotros?, ¿eras tú?, pero siempre guarda silencio, y ríe.

FIN.